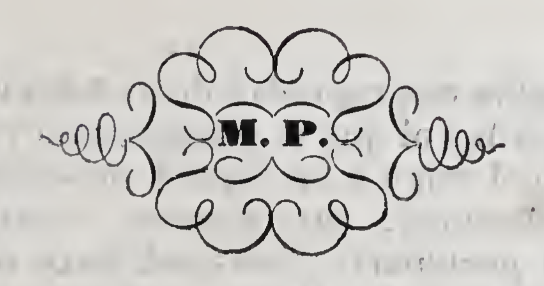
HABLAR
POR BOCA DE GANSO.

COMEDIA EN UN ACTO

ORIGINAL Y EN VERSO

POR

ANTONIO BERZOSA.



MADRID.

Se hallará en las librerías de Cuesta, Rios y Pereda.

1847.

PERSONAJES.	ACTORES.
Luisa.	*Doña Teodora Lamadrid.*
D.ª María.	*Doña Gerónima Llorente.*
Santiago.	*Don Mariano Fernandez.*
Federico.	*Don Antonio Alverá.*

La accion pasa en Madrid.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

Al Ilustrisimo

SEÑOR DON ANDRES ARANGO,

Ministro jubilado del estinguido Consejo Real, Coronel retirado del cuerpo Nacional de Ingenieros, Caballero de la Orden militar de San Fernando, &c.

EL AUTOR.

HABLAR POR BOCA DE GANSO.

Una sala: puerta al foro: á la derecha una ventana en último término: otra puerta á la izquierda: caballete, cuadros y demas de un pintor: muebles sencillos.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA MARÍA, *sentada.* LUISA, *á la ventana.*

D.ª María. No viene, di?
Luisa. No señora.
D.ª María. Cuál me late el corazon!
Habrán admitido el cuadro?
Luisa. Seguro.
D.ª María. Quiéralo Dios!
Luisa. Vaya, en cuanto le hayan visto. (*Bajando.*)
Sería una sinrazon
no hacerlo asi; tan bonito!
El campo tiene un verdor!
Y la cara del San Juan?...
Y aquel manchado vellon
del cordero?... Federico
es un famoso pintor;
y mas diré, van á darle
el premio en la esposicion.
D.ª María. Muchas esperanzas tengo,
pues el supremo Hacedor
no abandona al desgraciado.
Diez años há que espiró
mi esposo, y yo hubiera muerto
de miseria y de dolor
sin mis dos queridos hijos.

Luisa. Dos nada mas! Pues y yo,
no soy tambien hija vuestra?
D.ª María. Sí, Luisa, tienes razon:
debí decir mis tres hijos.
Luisa. Sola en el mundo, sin vos,
qué hubiera sido de mí?...
Desde mi niñez estoy
recogida en vuestra casa...
D.ª María. Calla, hija mia, por Dios.
Tu padre y mi esposo fueron
dos militares de honor;
mas por desgracia tu padre
murió el triste en una accion
de guerra, y tú niña entonces,
sin amparo en tu dolor,
huérfana, pobre, infeliz,
quedaste en mi casa: yo
entre mis hijos y tú
partí caricias y amor,
y al hacerlo, Luisa mia,
cumplí con mi obligacion.
Luisa. Y cómo podré pagar,
señora, tanto favor?...
D.ª María. Por ventura no nos quieres?...
No es nuestro tu corazon?
Pues si nos amas á todos,
ese es el pago mejor.
Luisa. Madre mia!...
D.ª María. Sí, tu madre;
que aunque el ser otra te dió
la perdiste por desgracia,
y para tí, madre soy.
Mis hijos como á una hermana
te quieren tambien...
Luisa. Ay! No.
Señora, os equivocais.
Decís que me aman los dos?...
Santiago, sí; siempre me habla
afable, de buen humor,
y me llama su hermanita.
Federico... qué sé yo...
siempre triste, taciturno,

nunca, en ninguna ocasion,
ni me miró con cariño,
ni hermana me apellidó.
Federico... no me quiere.

D.ª María. Luisa, estás en un error:
esas ideas las forja
tu loca imaginacion.
El uno es alegre, vivo,
genio franco, emprendedor;
pero tiene Federico
mas talento y reflexion:
aunque de opuesto carácter,
tienen sus almas candor,
y los dos te quieren tanto
como yo.

Luisa. Qué buena sois!

D.ª María. Luisa mia, voy á hablarte,
ya que llega la ocasion.
Di. Me prometes ser franca?

Luisa. Cuándo no lo he sido yo?...

D.ª María. Pues bien; escucha, hija mia,
y escucha con atencion.
Ya tienes diez y ocho años;
el mundo es murmurador;
ven que estás en una casa
donde hay jóvenes...

Luisa. (Gran Dios!)

D.ª María. Y el mundo goza en rasgar
de la muger el honor.
Nunca has pensado en casarte?...
Responde, Luisa...

Luisa. No, no.
No me hableis de eso, señora;
se me parte el corazon
si pienso un solo momento
en separarme de vos...

D.ª María. Y si pudieras casarte
y vivir conmigo?...

Luisa. Oh!
No adivino...

D.ª María. No adivinas?...
No tengo dos hijos yo?...

Luisa. Será posible?... Eso entonces
fuera mi dicha mayor.
Pues ya que la infausta suerte
de mis padres me privó,
madre y familia tuviera...
D.ª María. Pues si es esa tu ambicion,
serás feliz, Luisa mia.
Tambien anhelaba yo
poderte llamar mi hija,
y doy mil gracias á Dios,
pues se cumplen los deseos
del infeliz que murió...
Luisa. Mas cómo...
D.ª María. Vive tranquila;
tambien él te tiene amor...
Como madre he penetrado
el secreto de los dos.
Luisa. Pero...
D.ª María. Alguien viene: silencio,
Luisa mia, y discrecion.

ESCENA II.

DICHAS. FEDERICO.

Federico. No ha vuelto Santiago?...
Luisa. No.
D.ª María. Todavia no, hijo mio.
Federico. Mala señal: eso prueba
que el cuadro no han recibido.
Fue una locura enviarle;
allí me pondré en ridículo.
Cómo he de competir yo
con pintores distinguidos?...
Luisa. (Ni una palabra siquiera!
No es él quien me ama, Dios mio!)
(*Va á la ventana.*)
D.ª María. Y por qué no? Todos ellos
no fueron en su principio
tan hábiles como ahora;
y cien veces hemos visto
que se han premiado las obras

de artistas desconocidos.

Federico. Pero si el cuadro es muy malo.
Salió mal el colorido,
los contornos estan duros,
sin animacion, sin brio...

Luisa. (Mire usted el no entenderlo;
para mí era tan bonito...)

Federico. Santiago quiso llevarle,
se empeñó en ello...

D.ª María. Bien hizo.
Si le admiten...

Federico. Y si no?...

D.ª María. Entonces qué habrás perdido?
Unos dias que has tardado
en él. Pusieron edictos
convocando á los pintores.
Si tu cuadro han admitido
en la esposicion, acaso
te premien.

Federico. Qué desatino!
No puede ser, imposible.

D.ª María. Y por qué no, Federico?
Y en fin, si no le admitieran,
no seria eso un motivo
para que ya desmayases.
Entonces, con mas ahinco
á trabajar; que en el mundo,
hijo mio, en que vivimos,
son los delitos mayores
la indolencia y el descuido.
No viene, Luisa?

Luisa. No viene. (*Bajando.*)

D.ª María. Cuánto tarda!

Federico. (Qué martirio!)

D.ª María. Pero me ocurre una idea.
Gran Dios!... Le habrá sucedido
alguna cosa á Santiago?
El tiene el genio muy vivo;
si no le admiten el cuadro,
dará escándalo, habrá gritos,
y le echarán á la calle.
Te quiere con tal delirio. (*A Federico.*)

A ver si viene, hija mia.
(*Luisa va á la ventana.*)

Federico. (Le admitirán?... desconfio.
Por ella, solo por ella
á tanto imposible aspiro.)

Luisa. Ya viene!...

D.ª María. Sí?...

Federico. Viene ya?...

Luisa. Y corriendo. Pobrecillo!.... (*Va al foro.*)
Entra ya... los escalones
los sube de cinco en cinco.

D.ª María. Aqui está!...

ESCENA III.

DICHOS. SANTIAGO.

Santiago. Madre! Luisita!...
Aqui todos reunidos!...
Un abrazo!... tres abrazos!...

D.ª María. Pero vamos, bien, qué ha habido.

Luisa. Habla...

Federico. Y el cuadro?...

Santiago. Cachaza!...
Estoy sudando hilo á hilo...
Voy á contarlo sentado,
que me encuentro muy rendido.
(*Se sienta él solo.*)
Empiezo pues: cogí el cuadro;
esto ya ustedes lo han visto:
con el paño que me diste,
le llevaba tapadito;
no me pesaba, al contrario:
iba yo tan engreido!...
y con razon. Pues señor,
me planto de cuatro brincos
en la esposicion: habia
mucha gente: yo les digo:
«Háganse á un lado, señores,
que voy á entrar.» No habia dicho
esto aun, cuando me miran
ocho ó diez elegantillos,

me ven mi facha, asi tosca,
mis modales poco finos,
y riyendo á carcajadas,
uno dice: — «Buen amigo,
lleva usté á la esposicion
el cuadro?» No necesito
dar á usted cuenta. — Otro salta
haciendo gestos y guiños:
«Compadre, tiene usted cara
de embadurnador magnífico!
Destape usted, le veremos;
tendrá lances, será lindo.» —
Pero quien mas me cargó
fue uno de bigotillos;
que me dice: «Usté es pintor...
de aleluyas... lo adivino.»
No sé cómo me contuve
sin romperle los hocicos!...
Tuve paciencia y callé;
pues que me dije á mí mismo,
qué adelanto, si le dejo
sin dientes y sin colmillos?...
Todos irán contra mí,
y me echarán como á un pillo,
y el cuadro entonces... *per istam!...*
resignacion! Como digo,
asi, sin que lo notaran,
quiero decir, al descuido,
dejé caer la cortina
que tapaba el cuadro. — Amigo,
vieran ustedes allí
los tontos mequetrefillos
que se burlaron de mí,
quedarse asi... tamañitos,
con tanta bocaza abierta,
mirando el cuadro hito en hito,
y esclamando entusiasmados,
qué hermoso! qué peregrino!
qué medias tintas tan buenas!
qué verdad de colorido!
Entonces yo contesté:
«ustedes estan sin juicio,

es obra de un pintador
de aleluyas, el cuadrito...
tiene lances.» Le tapé.
Como entre muertos y heridos
pasé por en medio de ellos,
y al pasar les dije: «he dicho.»—
Entré en un salon; al verle,
dijeron: «es de recibo.»
Eché á correr, vine aqui,
y esto es lo que ha sucedido.

Luisa. Perfectamente, Santiago!

D.ª María. Muy bien, hijo!...

Federico. Hermano mio!...

Santiago. Y no ha sido mala suerte,
que si me tardo un poquito
no le reciben.

D.ª María. Pues cómo?...

Santiago. No estámos á veinte y cinco?
Pues hoy es último dia.
Con que ya lo sabes, chico;
dentro de dos ó tres horas
te premian.

Federico. Qué desvarío!...

Santiago. Desvarío?... No por cierto;
seguro estoy, segurísimo,
que vas á ser un Ticiano,
un Rafael ó un Murillo.
Pero, madre, llora usted?...
de alegría, lo adivino:
tambien para entristecerse
tiene usted algun motivo;
es verdad, sí, lo conozco;
Dios la ha dado á usted dos hijos:
el uno es sabio, elegante,
dice vocablos bonitos,
mientras que yo soy un bruto,
un animal, un borrico.
Pues bien, no se enfade usted;
nuestro pobre padre quiso
que estudiáramos los dos:
pero murió; en tal conflicto
para ganar de comer,

y pronto, tomé un oficio;
y sabe usted, madre mia,
que la adoro con delirio,
pues para amar á una madre
yo creo que no es preciso
haber estado estudiando
las coplas de Calainos.

D.ª María. Qué estás diciendo, Santiago?
Os quiero á los dos lo mismo;
y os quiero mas que á mi vida,
pues una madre, hijo mio,
como á pedazos del alma
adora á todos sus hijos.

Federico. Madre!...

Santiago. Perdon, madre mia:
Si no sé lo que me digo.
A ver si no llora usted;
nos pone usted compungidos,
y mire usted, hasta Luisa
está haciendo pucheritos.
Vamos, alegres, Luisita,
y usted, madre... lo suplico:
hoy hemos de estar contentos,
pues algo bueno de fijo
nos va á suceder... estamos?
Me comprendes, Federico?

Federico. Pobre Santiago!... (*Se sienta.*)

Luisa. Qué tiene?...
Tan triste, tan pensativo!

Santiago. Nada, nada; si es su genio.

Luisa. Pues antes no era lo mismo...
con nadie tiene franqueza...
si la tuviera contigo...

Santiago. Qué se yo. En fin, probaré,
y si me empeño, te afirmo
que lo he de saber.

Luisa. Si? Bien.

Santiago. Dejadle solo conmigo.

D.ª María. No os apureis, que muy pronto
será feliz Federico.

Luisa. (Si fuera él... pero... imposible; (*Al salir.*)
locura es lo que imagino.)

ESCENA IV.

SANTIAGO. FEDERICO: *este sentado.*

Santiago. Estás triste?
Federico. Si.
Santiago. Señor;
pues cuidado que es manía,
que no ha de pasar un dia
sin que estés de mal humor!...
Qué tienes?... Estoy en ascuas...
Eso es, callar y callar...
y hoy, que debieras estar
alegre como unas pascuas.
Mira que somos opuestos;
yo siempre hablando y danzando,
y tú el suelo contemplando
sin hablar y haciendo gestos.
Será que el estar contento
es de ignorantes acaso;
pues prefiero en ese caso
ser tonto á tener talento.
Hombre, dime qué te pasa;
ó no te fias de mí?
por qué estás tan triste, di?
ha sucedido algo en casa?
Di lo que tienes: prometo
que nunca saldrá de aqui:
piensas que aunque soy asi...
no sé guardar un secreto?...
Sentir y callar prefieres
á ser franco con Santiago;
no merezco yo ese pago,
ya sé que tú no me quieres.
Federico. Pues bien, mi Santiago amado,
la causa de mis pesares...
Santiago. Vamos, hombre, no te pares...
Federico. Es... que... estoy enamorado.
Santiago. Y es esa la causa toda
de no estar nunca contento?...
Hay mas que en este momento
ir á tratar de la boda?...

Federico. Pero sino...

Santiago. Cierra el pico.
Dirás que hay inconvenientes,
que son nobles los parientes
de la novia? eh, Federico?
que en tí es mucho ambicionar?
pues sobre lo rica... es bella?...
que tú eres poco para ella?...

Federico. Pero hombre...

Santiago. Déjame hablar.
Por ventura has olvidado,
pensando en esa muger,
que le debemos el ser
al mas valiente soldado?...
No será inútil tu afan.
La jóven mas elevada
bien puede estar enlazada
al hijo de un capitan.
Y aun cuando no fuera asi,
levántate, ponte erguido;
cualquier muger, por marido
de cierto te quiere, sí.
Y por fin, en mi opinion
obrar mal solo es bajeza,
que la hermosura y nobleza
existe en el corazon!

Federico. Mira, Santiago, no es eso.
Es sencilla, candorosa,
ni es coqueta, ni orgullosa...

Santiago. Entonces... Yo pierdo el seso...

Federico. Mas ay de mí! Me parece
que no me podrá querer.

Santiago. No amarte? No puede ser.
Mas y mas mi asombro crece!
Le has declarado á tu dama...

Federico. Jamas me he determinado.

Santiago. Pues entonces, condenado,
cómo dices que no te ama?
A qué esperas, enemigo?...
O quieres que venga aqui,
y que ella te diga á tí,
«se casará usted conmigo?»

Federico. Tal idea en mí no cabe;
mas la que amo tiernamente
está tan indiferente
siempre conmigo...

Santiago. Quién sabe!
Pero vamos á ver, hombre,
no seas molino y despacha:
conozco yo á la muchacha?...
Dime á lo menos su nombre.

Federico. Bien, lo diré solo á tí...
Pero... viene gente?...

Santiago. No.

Federico. Santiago, la que amo yo
es... Luisa.

Santiago. Luisita?

Federico. Sí.

Santiago. Aun no vuelvo de mi espanto!
Con que la que amas es Luisa?...
Pues señor, me causa risa
tu continuado quebranto.
Por ella en tal agonía
á pique de un patatús,
cuando si dices, Jesus,
contesta ella, Ave María?
No la ves á toda hora
que al vernos se despepita,
y á los dos, la pobrecita,
como á hermanos nos adora?
Has sido un desconfiado;
mas será tuya. Yo abono.
No sé cómo te perdono
los ratos que nos has dado.

Federico. Ay! te engaña tu deseo!
No me ama.

Santiago. Qué impertinente!

Federico. Yo juzgo tan solamente,
Santiago, por lo que veo.

Santiago. Qué ves?... Tu mente delira.

Federico. Cuando me encuentro á su lado,
me parece que la enfado:
nunca me habla, ni me mira...

Santiago. Que no te habla?... Estás beodo.

Te habla lo mismo que á mí;
y ademas si no es asi
tienes la culpa de todo.
Tú con ella, que es tu bien,
estás sino como un poste,
sin decir oste ni moste:
pues ella calla tambien.

Federico. No.

Santiago. Cuidado que eres porra.
Háblala como yo la hablo,
y te aseguro, qué diablo,
que ella será una cotorra.
Ahora mismo lo verás.
Voy á hacer que venga aqui.
Te declaras, te da el sí,
se arregla todo, y no hay mas.

Federico. Ay, no, Santiago, te ruego
que no la llames, detente;
y te pido solamente
un favor.

Santiago. Otra te pego.
Vamos á ver, qué favor?...

Federico. Que mi amor... la digas tú.

Santiago. Pero hombre de Belcecú,
si yo no entiendo de amor...
si yo no sé la cartilla
de flores de enamorados...
flores... que al estar casados,
se pierde... hasta la semilla:
tú, que tales frases bordas,
te pudieras declarar;
pues yo... para enamorar,
ya baja: buenas y gordas.
Y no llegues á creer
que esto es escusa, jamas:
por lo que temo, no es mas
que por si lo echo á perder.
Si quieres, de buena gana.
Conoces mi corazon,
yo haré tu declaracion,
aunque á la pata la llana.

Federico. Sí, Santiago. Yo no puedo

hablarla, me cortaria,
palabras no encontraria,
pues hasta la tengo miedo.

Santiago. Bien, hombre. Punto por punto
se lo diré yo ahora todo:
no sé en verdad de qué modo,
pero ese ya es otro asunto.
Voy á ver si...

Federico. Yo me voy...

Santiago. Mientras el chubasco pasa?
Bien. Cuando vuelvas á casa,
serás feliz por quien soy.

Federico. De veras?

Santiago. Asi lo espero.

Federico. En tí, Santiago, confio!
No olvides, hermano mio,
que si no me ama, me muero.

ESCENA V.

SANTIAGO.

Y lo hará como lo dice:
esto ya es un poco serio.
Pero señor, quién ha visto
á ninguno en estos tiempos
morirse por unos ojos
azules, pardos ó negros?
Patarata, es imposible!
No puede ser. Yo á lo menos...
Pero diablo! Y si se muere?
Santiago, vamos con tiento.
La muchacha, me parece
que sí le quiere; de cierto:
pero y si no? Jesucristo!
como él siempre está tan serio
y jamas habla ni pabla...
Sobre que ya tengo miedo.
Mas ay Jesus! otra idea
me ocurre. Andará por medio
algun galan que la obsequie?
Entonces estamos frescos;

mas no, no es ella muchacha
de trapisondas y enredos.
Y qué la voy á decir?
Yo, que ni una jota entiendo
en achaque de amoríos,
meterme á... casamentero.
Se lo digo asi de pronto?
No, no, que se asusta, cielos!
Que al fin es una muger,
y muger que tiene nervios.
Se lo diré poco á poco,
despacito, con rodeos;
veré qué tal cara pone,
la miraré los ojuelos,
y si brillan de alegría,
la procesion va por dentro;
buena señal; desembucho,
dice que le ama, corriendo
se lo digo á Federico;
él se pone muy contento,
madre deja que se casen,
son felices, y laus deo.
Pero y si dice que nones?
Vamos, tarumba me vuelvo.
Pues señor, salir del paso,
sobre que al fin hay que hacerlo.
Se trata de Federico,
que para mí es lo primero.
Mas aqui viene. Santiago,
aguza el entendimiento!...

ESCENA VI.

SANTIAGO. LUISA.

Luisa. Di, Santiago, descubriste...
Santiago. (Ay Dios mio! Me entra un baile!)
Ya está Perico hecho fraile.
Luisa. Por qué razon está triste?
Santiago. Por qué razon?... Te diré...
asi... por lo que yo veo...

:

me parece... digo... creo...
Mira, Luisa... no lo sé.

Luisa. Pues hombre...

Santiago. Quiero decir...
no tiene ningun pesar...
es que... le gusta llorar,
como á nosotros reir.

Luisa. Pues es buen gusto, á fé mia,
no estar contento jamas.
Con verle asi á los demas
se nos quita la alegría.

Santiago. Mal hecho. Aqui está encogido,
porque es su carácter. Toma,
si tú le vieras de broma,
qué chico mas divertido!

Luisa. El de broma?

Santiago. Sí por cierto.
Si le vieras por ahi fuera,
qué alegre! qué calavera!
qué bromista! (Como un muerto!)
En casa, pues, como estamos
siempre á tres menos cuartillo,
se entristece el pobrecillo...
y quisiera tener... vamos,
mayor fortuna, otro ajuar,
y pues pronto perderemos
á la madre que tenemos,
que antes pudiera gozar...

Luisa. Ah, Santiago, no profiera
tu labio lo que ahora oí!...
Qué va á ser ¡cielos! de mí
cuando tu madre se muera?

Santiago. Vamos. Te quieres callar?
No hay por ahora ese temor.
(Buena ocasion! Pues señor,
cerrar los ojos y hablar.)
Vaya, no llores por Dios;
Luisita, te lo suplico:
en Santiago y Federico
tienes dos hermanos, dos.
Y aun cuando no fuera asi,
(pues señor, yo me confundo)

ya ves... las cosas del mundo...
Tú eres... jóven... verdad?...

Luisa. Sí.

Santiago. Y bonita... por supuesto...

Luisa. Santiago!

Santiago. Muger... qué quieres?...
Y al fin... todas las mugeres...
á qué estais?... verdad...

Luisa. (Qué es esto?...
Será posible?)

Santiago. (Yo sudo...)

Luisa. No te entiendo por quien soy...

Santiago. No me entiendes?... Allá voy...
(Que no me volviera mudo!)

Luisa. Pero di. Acabas de hablar?...

Santiago. (Esta visto; esta muger,
ó no me quiere entender,
ó yo no me sé esplicar.)
Digo... Luisa... (estoy en brasas)
que á tus años... ya debieras...
pues... suponiendo que quieras...

Luisa. Pero...

Santiago. Por qué no te casas?...

Luisa. Casarme?

Santiago. Te maravillas?...
Una muchacha, ya ves...
ahora... estás aqui... despues...
(Si tuviera campanillas!...)
En el mundo pasan lances...
y una chica pobre... y bella...
Ya sabes que una doncella
está espuesta á mil percances.
Casada... estarás tan bien:
vas del brazo con tu esposo...
y con tu hijito... qué hermoso!...

Luisa. Bueno. Me caso... y con quién?...

Santiago. Con quién... me preguntas?

Luisa. Sí.

Santiago. Muger... con el que tú quieras...
(Ay hermano, si supieras
lo que padezco por tí!)

Luisa. (No me queda duda alguna!)

Santiago. Tú ya tendrás... por ahí...
Luisa. Quién ha de pensar en mí?...
Nadie me ama!...
Santiago. (Qué fortuna!...)
Nadie?...
Luisa. (Se alegra!... Ay, él es!...)
Santiago. Luisita... (Soy un mastuerzo!...
Santiago, el último esfuerzo!)
Entonces... te diré... pues...
que hay uno... cerca de aqui...
que te ama de corazon...
Luisa. (Qué haré yo en esta ocasion?...
Debo decirle que sí.
Su madre!... él me ama!... es honrado!...)
Santiago. (Calla. Ay Dios! Esto va mal!)
Pues como digo... ese tal...
está tan... enamorado,
tan... tan... asi... pues, tan ciego...
Luisa. Pues su cariño le pago.
Sí. Yo te quiero, Santiago.
A Dios, á Dios, hasta luego. (*Vase.*)

ESCENA VII.

SANTIAGO.

Escucha, Luisa, Luisita...
Señor!... Me he quedado absorto!...
Qué he escuchado?... Con que á mí
es á quien quiere?... Demonio!...
Pues esto es mucho peor.
Pero sueño?... me equivoco?...
No. «Yo te quiero, Santiago,»
me dijo en tono meloso!...
Ojalá que antes de oirlo
me hubiera quedado sordo.
Pero quién tiene la culpa?...
Yo mismo, por ser un topo.
Quién me manda andar á mí
con frases y circunloquios,
sino decir, Federico
te quiere, y punto redondo.

Y ahora, vamos, con qué cara
le digo á mi hermano... Cómo ?...
A pique de que se muera
ó que le dé algun soponcio.
Está visto, no hay mas medio
sino el que ahora me propongo,
que es, el no admitir la mano
de Luisita; y de este modo
le haré hablar á Federico,
tiene talento, es buen mozo,
ella le dirá que sí...
y santas pascuas... Famoso !...
Mas diablo ! tambien en esto
otro inconveniente toco;
quiero darla calabazas
sin herirla su amor propio.
Qué disculpa la echaré ?...
Diré que tengo hecho voto
de castidad? No señor.
Estoy... por pasarme al moro...
y no volviéndome á ver...
qué sandez ! soy un bolonio !...
Los medios que voy diciendo
á cual mas malos son todos.
Me voy á la calle á ver
si dándome el aire un poco...

ESCENA VIII.

SANTIAGO. FEDERICO.

Federico. Hermano mio, qué hay?
qué te ha dicho?...
Santiago. (San Antonio !)
Hemos hablado, va bien...
ya te diré...
Federico. Pero cómo ?...
Santiago. Muy bien, muy bien; pero ahora
corriendo voy á un negocio...
te contaré...
Federico. Pero dime...
Santiago. Luego.

Federico. Pero...

Santiago. Vuelvo pronto. (*Vase.*)

ESCENA IX.

FEDERICO.

Qué es lo que tiene Santiago?...
Estaba al salir de aqui
como azorado, temblaba,
no sabia qué decir...
Todo lo comprendo, todo.
Luisa no me ama, ay de mí!
Ella sola era en el mundo
capaz de hacerme feliz!
Su cariño es mi existencia,
sin él no puedo vivir.
Mas esperemos: quién sabe
si le habrá dicho que sí...
Ay! Esta duda me mata...
tardará mucho en venir?...
Mas ella y tambien mi madre
se dirigen hácia aqui.

ESCENA X.

FEDERICO. DOÑA MARÍA. LUISA.

D.ª María. Estás aqui, Federico?
A tí, hijo mio, buscaba.
Por qué estás triste?... Tú tienes
alguna pena en el alma...
Siempre callar!... No te inspiro
por ventura confianza?...

Federico. Perdonadme, madre mia...
mi genio... no tengo nada.

D.ª María. Nada!... dices?... Soy tu madre,
naciste de mis entrañas,
y te conozco, hijo mio,
sé todo lo que te pasa;
y en prueba de ello, escuchad:
(*Se sientan Federico, doña María y Luisa.*)
desde la mas tierna infancia

vuestros padres se querian,
como hermanos se adoraban.
En guerra entonces ardia
nuestra desdichada patria,
y en poco tiempo llegaron
á capitanes.—Pasadas
las turbulencias que entonces
á toda Europa agitaban,
se casaron en un dia;
tu madre y yo como hermanas (*A Luisa.*)
nos amábamos, viviendo
todos cuatro en una casa.
Pasaron asi unos años,
gozando de dulce calma,
y ambos ya habiais nacido,
cuando volvió por desgracia
á encenderse nueva guerra;
y llamados á campaña
en un mismo dia ¡cielos!
quedamos abandonadas
tu madre y yo!... La infeliz
no pudo á desdicha tanta
sobrevivir... y murió...

Luisa. Gran Dios!...

D.ª María. Las fuerzas me faltan.
Mas ay, Luisa! á poco tiempo
sucedió mayor desgracia:
tu pobre padre tambien
en el campo de batalla...

Luisa. Ay, padre mio!

Federico. Infeliz!

D.ª María. Enjuga, Luisa, esas lágrimas.
Mi esposo me dió la nueva
dirigiéndome está carta,
que fue la última tambien
que me escribió. Desdichada!

Federico. (*Lee.*) Querida esposa: en este momento acaba de espirar nuestro buen amigo, pues una bala ha herido su corazon. Hasta el último instante le he tenido en mis brazos, y su postrer pensamiento ha sido la suerte de Luisa, su tierna hija. Yo le he asegurado que tú serás de hoy en adelante su madre; y enton-

ces el infeliz, conociendo que le quedaban pocos momentos de vida, y contemplando que iban á romperse los vínculos que nos han unido siempre, me ha rogado que nuestro hijo mayor Federico, cuando se halle en edad, se una á su pobre hija Luisa, á quien deja huérfana en el mundo. De este modo nuestros apellidos representarán siempre una misma familia...

(*Representando.*)

Ah! madre! Qué buena sois!

(*Se levantan.*)

D.ª María. En vano, en vano ocultabas
una pasion que hace mucho
guardabas dentro del alma.

Luisa. (Dios mio!)

D.ª María. Yo lo sabia,
Federico, te observaba,
y ya ves cómo te dije...

Federico. Ha sido una accion villana
el habéroslo ocultado.
Sí, sábelo, Luisa amada:
há mucho que yo no existo
sino por tí...

Luisa. (Vírgen Santa!)

Federico. Has sido tú mi ilusion,
mi ventura, mi esperanza,
tú el único pensamiento
que en mi mente se agitaba;
si yo pintaba mis cuadros
era por tí, que mi gala
era que tú los mirases,
mi gloria que te gustaran.
Siempre triste, á todas horas
en tí tan solo pensaba,
que sin tu amor, mi existencia
era una carga pesada.
Mas el cielo nos proteje...
nuestros padres... pero callas?...
te avérgüenzas! es posible?
ya sé que tú no me amas!...

D.ª María. Responde, Luisa; una madre
te lo suplica, sé franca.

Luisa. Perdonadme, madre mia.

D.ª María. Ese llanto que derramas...
Luisa. (Dios mio! Tened piedad
de esta muger desgraciada!)
La mano... de Federico...
me es imposible aceptarla...
D.ª María. Qué dices, Luisa?
Federico. Imposible!!...
(Mi corazon no me engaña!...)
D.ª María. Imposible!... Qué razon?...
Luisa. Triste de mí!...
D.ª María. Vamos, habla...
Luisa. Sabedlo; tengo con otro...
empeñada mi palabra.
D.ª María. Tu palabra?...
Federico. Qué he escuchado!...
D.ª María. Qué es esto? Luisa, me engañas?...
Nada me contaste de eso
cuando te hablé esta mañana...
Todo al contrario... Tu dicha
dijiste estaba cifrada
en llegar á ser la esposa
de...
Luisa. Por piedad!... Basta, basta!...
Callad por Dios, madre mia!...
No mentí en lo que os hablaba
esta mañana. Os lo juro!...
Ni ahora tampoco...
D.ª María. Me pasma
lo que me dices!... Mas cómo...
si no has salido de casa...
Luisa. Es cierto... pero... Santiago...
hoy me dijo que me amaba...
y yo...
D.ª María. Santiago!...
Federico. Qué escucho!...
Él! Santiago!... Horrible trama!...
Nunca le hubiera creido
capaz de vileza tanta!...
D.ª María. Repórtate, Federico.
Qué madre tan desdichada!...
Luisa. Muera yo, que soy, Dios mio,
de tantos males la causa.

ESCENA ÚLTIMA.

DOÑA MARÍA. LUISA. FEDERICO. SANTIAGO.

Santiago. Madre, madre! Luisa! Hermano!
Cuánta ventura en un dia!...
Yo estoy loco de alegría.
Federico, trae la mano.
D.ª María. Pero, Santiago, qué pasa?...
qué es eso? dinos...
Santiago. Qué es?...
Oigan ustedes los tres.
Pues señor, salí de casa,
y fuí... nada... Sin querer
me planto en la esposicion.
Ay!... me daba el corazon
lo que iba alli á suceder!...
Llego, subo, y apiñados
cien miraban un cartel.
Pregunto qué es el papel.
«La lista de los premiados.»
Apenas lo hube escuchado,
rempujo á este, forcejeo
con otro por ver... y veo
que el primer premio has ganado!!
Alli estás tú!... Qué placer!...
El primero de la lista!...
«Un San Juan Evangelista
de Federico Soler.»
Asi dice, hermano amado!...
Qué dicha!... Tanto he corrido,
que ni sé cómo he venido,
ni sé por dónde he pasado.
Y tanto júbilo siento,
que no lo sabré esplicar...
mas... necesito llorar,
pues si no lloro... reviento.
D.ª María. Santiago!... Hijo mio!...
Federico. Oh Dios!...
D.ª María. (Imposible!)
Federico. (Quién diria!)
Santiago. Mas, qué es eso, madre mia?...

Usted llora... y esos dos...
Luisa?... Federico?...

Federico. Aparta...

Santiago. Gran Dios! Qué ha pasado aqui?...
Es la tristeza por mi?...

D.ª Maria. Ah, Santiago!... Lee esa carta.

Santiago. (*Despues de leerla.*)
(Todo lo comprendo, cielos!
Ya he descubierto el arcano.
Con que es decir que mi hermano,
por lo visto tiene celos?)
Bien está.

D.ª María. Qué dices?...

Santiago. Digo,
pues lo quereis, madre amada,
que Luisa tiene empeñada
una palabra conmigo.
Fuera mi dicha mayor
llegar á ser su marido,
mas há poco que ha latido
dentro del alma el honor.
Perdona si te he engañado,
dirás que un mal hombre fuí;
mas no puedo unirme á tí...
porque... voy á ser soldado.

D.ª María. Santiago!...

Luisa. Soldado!...

Federico. Hermano.!...

Santiago. Y solo te he de rogar
que admitas en mi lugar
de Federico la mano.
Este es mi último deseo.
Y ahora, madre, ya es preciso
que me firmeis el permiso.
(*Saca un papel.*)
(Ya queda libre.) (*Aparte á Federico.*)

D.ª María. (*Cogiendo el papel.*) Qué veo?...
Tú soldado?... Desvarío!...

Luisa. No, no; muera yo primero.

Federico. Que te unas á ella prefiero.
Perdóname, hermano mio!...
Madre, romped el papel.

Luisa. Sí, rompedle en el momento.

Santiago. Romperle?... Bien. Lo consiento,
si tú te casas con él. (*Por Federico á Luisa.*)

D.ª María. Luisa...

Luisa. Ay! Esa es mi ilusion!
Y dudar habeis podido?...
Pues decid, no habeis leido,
señora, en mi corazon!...
Si á Santiago le dí el sí
fue porque él se declaró...
Yo desairarle?... Eso no.
Hice, en fin, lo que debí.
Mas ya al cielo bondadoso
gracias doy, pues me da en pago
un buen hermano en Santiago,
y en Federico un esposo.

D.ª María. Oh dicha!...

Santiago. Bien: tú qué dices?...

Federico. Que es esa mi ambicion toda.

Santiago. Sí?... Pues mañana la boda.
Ya somos todos felices.
Y ahora que todo pasó,
no será advertencia vana
que sepas que como á hermana
la amé, como amante no.
Tú quisiste, Belcebú,
que hablara, y ella creyó
que quien hablaba era yo;
y no era yo, que eras tú.
Y estuvimos sin descanso
tú triste y yo compungido:
la causa de todo ha sido
HABLAR POR BOCA DE GANSO.

FIN DE LA COMEDIA.